

EL SAN PEDRO SIRVE PARA TODO

Unos sufren, otros se angustian, otros se alegran.... Lo ideal es que la diversión sea para todos.

Crisis fiscal del Departamento

Los años de 1998 y 1999 fueron difíciles para la administración del Huila. El Departamento había adquirido muchos compromisos y el fisco no tenía los ingresos suficientes para cubrir las acreencias. Durante meses la gobernación no pudo pagarles puntualmente a sus funcionarios; en varias ocasiones, y con el fin paliar la situación, les facilitó bonos del Supermercado Optimo, a fin de que los empleados pudiesen llevar mercado a sus casas. Al principio de esa administración, los salarios se demoraban hasta tres meses. Después de año y medio la situación se fue normalizando.

Durante el primer semestre de 1998 el gobernador Bravo Motta tramitó ante la Asamblea facultades para hacer una reforma a la administración departamental, asesorado por el gobierno nacional. Con base en ella se redujo la planta de personal de la gobernación a menos de quinientos funcionarios, número de servidores públicos que se consideraba suficiente para atender las obligaciones propias del ente territorial y cantidad máxima de empleados que podían pagar las agotadas y comprometidas arcas fiscales.

La situación de los presupuestos de inversión era similar a la de los gastos de funcionamiento. Para algunos sectores las partidas resultaban irrisorias, como sucedía con aquellas dependencias consideradas secundarias, entre ellas la de cultura. (Siempre ha sido igual a pesar de las buenas intenciones de los buenos gobernantes). Para el año de 1998, por ejemplo, el presupuesto de inversión de la Secretaría de Cultura del Departamento fue de 55 millones de pesos y para 1999 de 90, aproximadamente. En el primer año, el presupuesto contemplaba 10 millones de pesos para las fiestas de San Pedro y en el segundo la suma ascendió a 30.

Financiación privada del Festival Folclórico y Reinado del Bambuco

Apesar de la crisis general, la empresa privada respaldó al gobierno

seccional en la realización del Festival Folclórico y Reinado Nacional del Bambuco de esos años. (Entre 1998 y 1999 Colombia vivió una profunda crisis económica: bancos quebrados, deudores morosos e impago de las cuotas del UPAC, entre otros). En 1998 las fiestas costaron cerca de 400 millones, de los cuales 350 millones fueron aportados por la empresa privada y algunas entidades oficiales, como la Lotería del Huila. En el segundo año el comportamiento de la financiación privada fue similar. En el 2000 la cosa fue a otro precio.

En virtud de la imposibilidad que tenía el Departamento de financiar las fiestas (ya no existía la Industria Licorera del Huila que en otras ocasiones suplía la deficiencias presupuestales) y con el fin de satisfacer las recomendaciones de las empresas que contribuían a cubrir sus costos, los organizadores introdujeron algunos cambios en los programas tradicionales y en el modo de hacer la fiesta institucional: No hubo director exclusivo para las fiestas ni para el reinado; tampoco lo hubo para coordinar los eventos folclóricos. Esas responsabilidades las asumieron los funcionarios de planta de la Secretaría de Cultura. El número de personas por contrato no pasó de 6. Se sustituyeron las balsas del desfile acuático por lanchas a motor. Con el fin de que la ciudadanía estuviera en la calle y consumiera más, se organizaron presentaciones artísticas permanentes: para ello se montó la llamada tarima folclórica, la cual funcionó, inicialmente, en la carrera quinta, frente a la Secretaría de Cultura, y luego en el incipiente malecón del río Magdalena. En todos los certámenes se puso en marcha un plan de primeros auxilios y de atención de emergencias con el apoyo de la Cruz Roja y la Defensa Civil. Finalmente, se desarrolló una campaña contra el consumo excesivo de licor y contra la conducción de vehículos en estado de beodez.



LAS PRESIONES DE ELECTROHUILA

En este ambiente de estrechez fiscal, ante el cual los funcionarios de la gobernación obraron con generosidad y el equipo de gobierno con responsabilidad, la Electrificadora del Huila surgió como una sombra negativa. Por esa época, 1998, la gobernación del Departamento adeudaba a Electrohuila más de 800 millones de pesos por el servicio de energía suministrado desde años anteriores a las diferentes oficinas. Ante la creciente mora del Departamento en la cancelación de la deuda, la empresa consideró que el mejor método para presionar el pago era cortar el servicio de energía al edificio de la Secretaría de Cultura, localizado en la carrera quinta entre calles 21 y 22. En efecto, dos semanas antes de las fiestas de San Pedro, el edificio quedó a oscuras. Tal decisión no afectó las fiestas pero sí a los responsables de su organización y ejecución. Los funcionarios se vieron sometidos a laborar bajo el rigor del clima en unas oficinas diseñadas para tener aire acondicionado; además, incomunicó a la Secretaría con el exterior, pues sus teléfonos funcionaban con un conmutador. Finalmente, se impidió el uso de equipos electrónicos. Después de algunas gestiones de dos secretarios del despacho amigos de los directivos de la electrificadora y de un pago parcial de la deuda se logró el restablecimiento del servicio, pero ya habían pasado once angustiosos días de trabajo en medio de difíciles condiciones laborales. La presión era evidente, pues mientras tanto el edificio de la gobernación continuaba con el servicio de energía a pesar de la crecida deuda.



En 1999 las fiestas se internacionalizaron gracias a un proyecto impulsado por el Dr. Jaime Bravo Motta y financiado por don Jesús Oviedo Pérez. Y en ese año la situación del corte de energía se repitió. La gobernación aún no había cancelado la totalidad de la deuda a la Electrificadora del Huila y esta, una vez más, presionó atacando el lado más sensible de los huilenses y la imagen de los mandatarios. Los directivos de la empresa sabían que el mejor medio para conseguir el pago era afectando las oficinas desde donde se organizaban las fiestas. Por ello de nuevo ordenaron el corte del servicio al edificio de la Secretaría de Cultura y dilataron la instalación del servicio para poner en marcha la primera tarima folclórica que se organizaba en el malecón del Magdalena. En esta ocasión, a pesar de los esfuerzos, de las gestiones de los amigos del gabinete departamental y de las promesas de pago, el restablecimiento del servicio no fue posible sino después del San Pedro. Así las cosas, en la Secretaría de Cultura los días previos a las fiestas transcurrieron en medio del calor insoportable y bajo el monótono ruido de una pequeña planta eléctrica que se habilitó para un computador. Y en las noches, como lo comprobaron las delegaciones folclóricas que llegaron de todo el país y de las nueve naciones que nos visitaron, los funcionarios atendieron a los músicos, bailarines, coreógrafos y directores alumbrándose con la tenue y palpitante luz de unas pocas velas. El primer piso de uno de los edificios del Centro Cultural y de Convenciones, complejo que hicimos los huilenses para honrar al hombre más distinguido de esta tierra, el poeta José Eustasio Rivera, y para que sirviera de vitrina para atender a quienes se interesaban por nuestra hermosa y rica cultura permanecía en la penumbra, testigo de una crisis que no alcanzó a impedir la realización del Festival Folclórico, Reinado Nacional del Bambuco y Primera Muestra Internacional del Folclor.

